

## PRELIMINARES

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## DUODECIMA INSTRUCCION.

## SOBRE LA POSIBILIDAD DE UNA REVELACION DIVINA.

*Et dicunt: non vidit Dominus, nec intelligit Deus Jacob. Intellexit insipiente in populo: et stulti aliquando sapite. Qui plantavit aurem, non audit? aut qui finxit oculum, non considerat?*

Y dijeron: no verá el Señor, ni lo sabrá el Dios de Jacob.—Entended insensatos del pueblo y vosotros, necios, entrad una vez en cordura. ¿El que plantó la oreja, no oirá? ¿el que formó el ojo, no verá?

Salmo XCIII. vv. 7, 8 y 9.

1 EN mi precedente instruccion, amados hijos, he hablado de la triple forma bajo que se halla en el alma la verdad en cualquiera de sus tres objetos mas generales; conviene á saber: la forma de la ciencia propia, la de la fe humana y la de la fe divina: manifesté asimismo la necesidad y los medios de adquirir la certidumbre, para estar seguros de ser una verdad la que percibimos clara y distintamente, ó á la que asentimos por el testimonio de los hombres, ó la que creemos por la palabra de Dios: comparé la fe divina con la humana y ésta con el convencimiento de la ciencia propia, para que pudieseis percibir las relaciones diversas y el influjo recíproco de estas tres formas de la verdad y nuestro asenso á ella. Sin entrar en pormenores, indiqué tambien la existencia é infalibilidad de los medios que tenemos para cerciorarnos bien de la verdad en el órden natural, es decir: de la verdad de la ciencia y de la de la fe humana; pues viniendo ésta del testimonio de los hombres, y aquella, ya del sentido íntimo, ya de la relacion de los sentidos, hai reglas muy seguras para calificar la procedencia de la ver-

dad que los hombres nos trasmiten acerca de los hechos que no hemos presenciado, de la existencia y cualidades de los cuerpos que conocemos por la relacion de los sentidos, de lo que pasa dentro de nosotros, atestiguado por nuestro sentido íntimo; y por último, de la verdad y exactitud de nuestros juicios y discursos, para lo cual sirve competentemente el arte de raciocinar.

2. Hai, pues, medios competentes y seguros para obtener la certidumbre acerca de la verdad cuando se conoce, ya por ciencia propia ya por testimonio humano. Pero, ¿sucede lo mismo tratándose de la fe divina? ¿puede probarse la existencia y divinidad de la revelacion con la misma evidencia con que se prueba lo que atañe al órden puramente natural, y puede ser demostrado? Los incrédulos han dado á esta cuestion una solucion negativa, llegando hasta decir que ni aun es posible una revelacion divina. ¿Qué dirémos de esto último? Si toda revelacion es la manifestacion externa de un pensamiento, para negar su posibilidad seria preciso sostener, ó que Dios no piensa, ó que pensando no puede manifestar á nadie lo que piensa, ó que pensando y pudiendo manifestar su pensamiento, el hombre no es capaz de oírle y entenderle. Ya veréis, hijos míos, que cualquiera de estas tres hipótesis es inadmisibile: pensarlo seria un delirio, decirlo seria un absurdo, como lo hace palpar el Profeta Rei con tanta fuerza como gracia en las palabras de mi texto. Arguye á los que niegan á Dios la inteligencia y la vista sobre las cosas que pasan en la tierra: les llama necios y locos, porque afirmar tal cosa es ignorarlo todo y aun perder el juicio; y para hacer palpar esta necesidad y esta locura, pregunta: "¿El que plantó la oreja, no oirá? ¿el que formó el ojo, no verá?" *Qui plantavit aurem, non audit? aut qui finxit oculum non considerat?* Esto mismo y con la misma razon puede coniestarse á los que niegan la posibilidad de una revelacion divina sin embargo de que Dios es la verdad por esencia, Creador del hombre, y Autor supremo de la razon humana: porque, en efecto, negar esta posibilidad, teniendo aquellas ideas por otra parte, vale tanto como sostener los mayores absurdos. Bastaria pues la simple indicacion que acabo de hacer, explicando y aplicando la palabra del Profeta Rei, para excusarme de tratar con mayor detenimiento sobre la posibilidad de la revelacion divina. Sin embargo, entro en el fondo de esta cuestion, y pienso manifestaros que Dios puede revelar á los hombres una doctrina; y los hombres pueden conocer la verdad, la divinidad y el contenido de la doctrina revelada. Tal es el asunto de esta instruccion.

## I.

3. ¿Qué se necesita de parte de Dios para que pueda revelar á los hombres una doctrina? Tres cosas, hijos míos: que conozca esta doctrina; que pueda comunicarla inmediatamente á un enviado, y que pueda acreditar esta mision ante los hombres. De intento me he fijado en estos tres puntos, porque de hecho el medio de que Dios se ha valido para revelar sus divinas verdades á los hombres, es este. Hizo á los patriarcas las promesas de un Redentor, reveló á Moysés la historia de la creacion y le comunicó la lei que habia de promulgar en su pueblo: inspiró á los profetas para que anunciasen

los acontecimientos relativos al nuestro Señor Jesucristo: envió á este Divino Maestro, no solo para que padeciese por el hombre, sino para que le enseñase la verdad; y Jesucristo envió á los Apóstoles, para que enseñasen la doctrina del Evangelio á todos los hombres, é instituyó su Iglesia, dándola plenisímos poderes y dotándola de infalibilidad, para que fuese Maestra de la verdad, regla de las costumbres y gobierno suyo en la tierra. Esto quiere decir que, cuando yo señalo como puntos de prueba la comunicacion de la verdad á un enviado y los caracteres de que reviste á este enviado para que todo el mundo se persuada de su mision divina entre los hombres, no excluyo todos los otros medios que hubiera podido emplear el Señor para el mismo fin. ¿Quién es capaz de conocer todo lo posible fuera de Dios? Nadie. Luego cuando se habla de una posibilidad determinada, no se excluye por cierto la otra. Mas, conviene mucho reducirse á los puntos indispensables para no divagar el espíritu en una multitud de objetos posibles pero no necesarios. La Iglesia enseña cómo reveló Dios la doctrina á los hombres; los incrédulos niegan la posibilidad de esta revelacion: luego el camino mas directo para la demostracion es probar que lo que se hizo, pudo hacerse.

4. Ahora bien: ¿Dios conoce la verdad? ¿Qué pregunta! La misma razon humana parece retraerse de hacerla. Si Dios no conociese la verdad, ¿quién la conocería? ¿ni dónde estaría esta verdad, ni cómo comprender una verdad existente y desconocida para Dios? Este Ser Supremo no solo conoce la verdad, sino que es la verdad misma, siendo el Ser necesario, el Ser por esencia, como ya os lo manifesté con algun detenimiento en la primera parte de mi precedente instruccion. Dios dejaria de ser Dios, si no fuese infinitamente perfecto; no sería infinitamente perfecto, si no fuese omniscio, es decir: si no lo supiese todo, si no fuese infinitamente sabio, si hubiese algo que no estuviera en su mente divina, si no conociese todo lo existente y todo lo posible. Luego Dios, hijos míos, posee la verdad, la posee de un modo esencialísimo, en grado sumo, por una necesidad absoluta de su Ser; y por tanto se ha dicho con toda certeza y exactitud, que Dios es la verdad misma.

5. Pero los incrédulos, que no admiten lo que no pueden alcanzar por la vía de la razon humana, huyen el cuerpo á la dificultad, confesando que Dios existe y conoce toda verdad; pero negando al mismo tiempo que existan ó puedan existir verdades superiores á la razon: este es otro delirio no ménos absurdo que el primero: tanto valiera que un ciego negase la existencia de la luz y sus muchos y maravillosos efectos porque no ve, que un sordo negase la melodía ó el estruendo porque no oye, que un coarde negase el valor porque no le siente en sí mismo, y así todo lo demas. Decidme, amados hijos, si la limitacion del ser contingente pudiera probar que fuera de los límites de su naturaleza, del alcance de su comprension, nada existe ni aun es capaz de concebirse, ¿no equivaldría esto á un argumento contra la misma existencia del Ser necesario? Sin duda que sí, y entonces todo lo tendríamos al revés, y la humana inteligencia volvería necesariamente al caos. Porque, en efecto, ¿cuáles son los medios de que se sirve la razon natural para demostrarse á sí misma la existencia de un ser infinito? Ya os lo he dicho: los límites y el carácter de simples efectos que tiene el hombre y todas las cosas creadas: puntualmente porque así el uno como las otras han comenzado á ser,

se dice y con razon que ha de haber un ser que nunca haya comenzado, un ser en que todo sea infinito, en que todo se contenga esencialmente, porque de otra suerte no podia ser causa de todo. Luego, si la extension de la inteligencia, del saber y del poder está en razon directa de la naturaleza de cada ser, la sabiduría de Dios tendrá el depósito de una verdad infinita, como la del hombre tiene la posesion de una verdad limitada en el número de sus objetos, en la claridad con que se ven y en el sistema de sus relaciones. ¿Cómo, pues, atreverse á negar aun la posibilidad de que existan verdades superiores al entendimiento creado, cuando hai un entendimiento increado y una sabiduría infinita? Por otra parte, ¿cómo combinar la buena fe de tales aserciones, referidas al órden sobrenatural, cuando en el fondo de la misma naturaleza creada y aun en lo mas visible y palpable se encuentran verdades superiores con mucho á la capacidad humana? "Todo el universo, dice el Señor Arzobispo de Leon, en su célebre Pastoral, todo está lleno de verdades indubitables y al mismo tiempo incomprensibles. La luz, tan admirable en sus movimientos; el aire, este fluido tan activo y tan terrible en la mayor parte de sus fenómenos; el fuego, tan espantoso en sus efectos y tan oculto en su esencia; los principios de los elementos, la variedad de sus combinaciones; el vínculo que en nosotros une dos sustancias tan diferentes; y tantas otras maravillas de la naturaleza, deben reprimir la presuntuosa confianza del espíritu humano, y convencerle siempre de su debilidad. Mas, si en el órden de la naturaleza nos detienen á cada paso barreras que todos nuestros esfuerzos reunidos serian incapaces de salvar, ¿cómo sorprendemos de que en un órden mas elevado, cual es el de la revelacion, aparezcan verdades superiores á nuestra débil inteligencia?"

6. "¿Qué locura, pretender circunscribir en la razon humana el círculo que abraza las verdades! La verdad es infinita como Dios; su círculo es inmenso, no tiene límites, porque es eterna. ¿Qué importa, pues, negar la existencia de verdades que traspasan los límites de nuestra capacidad? Arrastrar á nuestra condicion débil y miserable la Esencia divina, pues solo de este modo podria sostenerse que no hai otra cosa que saber fuera de lo que el hombre comprende."

7. Ved, pues, amados hijos, satisfecha la primera de las condiciones que de parte de Dios ha de haber para que la revelacion sea posible; existencia de verdades superiores á la razon humana en la mente divina. Veamos ahora demostrada la segunda, es decir, que Dios puede comunicar estas verdades al hombre. Los deístas, es decir, aquellos incrédulos que afirman la existencia de un Dios pero niegan la doctrina revelada con todas sus consecuencias religiosas y morales, cuando se ven derrotados en el primer ataque y sujetos á confesar que hai verdades superiores á la razon humana, ó por lo ménos, reducidos á la ignominia del silencio, no por esto descansan, sino que, cambiando de objetos y armas, vuelven al ataque. "Si Dios dicen, puede comunicarse con el hombre, no hai mas que un medio, la razon misma: luego no puede venir de Dios lo que la razon natural no demuestra. "He aquí otro delirio de la misma clase que el primero, pues hablando de Dios, es tan absurdo é impío menoscabar su sabiduría, como destruir su omnipotencia. La idea que tenemos de este atributo, nos manifiesta que Dios puede tanto en el órden de la creacion como en la escala indefinida de la perfec-

cion de los seres. Ha podido crear al hombre, es decir, sacarle de la nada, y no puede perfeccionarle? Ha podido perfeccionarle relativamente, introduciendo tal diversidad y tan maravillosa desigualdad en los entendimientos sin salir del orden natural, y no es capaz de aumentar esta perfeccion, haciéndole reflejarse de lo exterior al interior del alma algunos nuevos destellos de su luz infinita? Bastan pues las nociones que tenemos sobre la Omnipotencia, para desechar la pretendida falta de medios de comunicacion externa entre Dios y los hombres. Ya se anuncie clara y distintamente como á Moises desde la zarza encendida, ya por el espectáculo sublime de los prodigios y los milagros, ya por la palabra interior inspirada, como á sus Profetas y á sus Apóstoles, ya por otros medios infinitos en número que nuestro entendimiento no puede descubrir pero que nuestra razon se ve obligada á suponer, Dios puede manifestar lo que le agrade, en virtud del supremo dominio que tiene sobre todas las inteligencias que ha creado.

8. "¿Qué nueva dificultad puede oponerse para sostener la imposibilidad referida? Algunos han sostenido que no puede revelarse lo que no puede creerse, ni creerse tampoco lo que la razon es incapaz de comprender. Yo convendré sin dificultad en esto, hijos míos, cuando los deístas, hablando de buena fe, me digan por una parte, que no creen ó que comprenden la causa de la electricidad y del magnetismo, y por otra, que un ciego de nacimiento comprende ó no cree los colores, la figura, la existencia misma del sol, y finalmente, cuando un célebre filósofo, que de tantos modos y tan furiosamente ha combatido la revelacion, me explique de otra suerte, que por la ninguna imposibilidad que hai en creer lo que está sobre la razon, este bello y grande pensamiento que se escapó de su pluma sobre las páginas del Emílio. "Dios: cuanto mas me esfuerzo en contemplar su esencia infinita, tanto ménos la comprendo; cuanto ménos la comprendo, tanto mas le adoro.... el uso mas digno que puedo hacer de mi razon, es anonadarme en su presencia."

9. No hai, pues, hijos carísimos, inconveniente de ninguna clase, ni en admitir que hai en Dios muchas verdades inaccesibles á la razon humana, ni en persuadirse de que Su Majestad puede muy bien manifestarlas á una persona para que las anuncie y predique entre los hombres. ¿Qué resta, pues? un punto no mas, aunque de la mayor importancia, pues que se trata del modo con que Dios revela su doctrina. ¿Cuál es este punto? el que Dios puede asimismo revestir de tales caractéres á sus enviados, que nadie, sin renunciar á su propia inteligencia, pueda poner en duda ni la existencia de una mision divina, ni la divinidad de la doctrina predicada por el enviado. "Cuando Dios quiere manifestar explícitamente su voluntad á los hombres, es muy conforme á este designio el que revista su revelacion de unos caractéres tan claros y sencillos, y dé á conocer el origen divino de la doctrina con signos tan esplendentes, tan obvios y tan accesibles, que arrastren indefectiblemente la conviccion de todos aquellos que no quieran cegarse contra la luz, y obstinarse contra el poder incontrastable de la verdad. Una doctrina que tiene por objeto ligar á todas las generaciones, en todos los siglos; que ha de regir todos los pensamientos, todos los discursos y las acciones todas; que ha de obligar bajo unas mismas penas y recompensas al habitante de la aldea y al personaje de la corte, al eminente genio del sabio y á la tosca razon del hombre rústico; que se in-

giere en todos los sexos, edades y condiciones de la vida; una doctrina de esta clase debe anunciar su origen de una manera tal, que no necesite el hombre para reconocerle, sino los mismos medios de conviccion de que ordinariamente se sirve en la conducta de su vida. Bastaria pues reflexionar simplemente sobre el sugeto, objeto y fin de la revelacion divina, para confesar ingenuamente que el hombre no necesita de recursos sobrenaturales para conocerla en el todo y en sus partes. Mas, puesto que los incrédulos nada perdonan sobre este punto, descenderé, hijos míos, á ciertos pormenores, procurando al efecto servirme de sus propias armas contra la prostitucion de su juicio y la temeridad estúpida de su pluma. Procuremos pues manifestar los medios sobrenaturales de que Dios puede servirse con el fin de atestiguar la revelacion, y para fijar estos medios, oigamos á uno de los adversarios mas terribles que ha tenido la religion cristiana.

10. "El primero, el mas importante, el mas cierto de sus caractéres, dice, se saca de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su hermosura, de su santidad, de su verdad, de su profundidad y de todas las otras cualidades que pueden anunciar á los hombres las instrucciones de la suprema sabiduria y los preceptos de la suprema bondad."

11. "El segundo carácter consiste en el de los hombres que Dios elige para que anuncien su palabra: su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin mancha, sus virtudes inaccesibles á las pasiones humanas, son, con las cualidades del entendimiento, es decir, con la razon, el saber, el espíritu y la prudencia, otros tantos indicios respetables, cuya reunion, cuando no se halla desmentida por ninguna cosa, forma una prueba completa en favor de ellos y manifiesta que estos son mas que hombres."

12. "El tercer carácter de los enviados de Dios es una emanacion del poder divino, capaz de interrumpir y cambiar, al arbitrio de aquellos á quienes ha sido comunicada, el curso de la naturaleza."

13. "Es claro que, cuando todos estos signos se reúnen, bastan para persuadir á todos los hombres, á los sabios, á los buenos, al pueblo, á todos en fin, si exceptuamos á los locos, que son incapaces de razon, y á los malvados, que no quieren ser convencidos de cosa alguna. Estos caractéres son pruebas de la autoridad de aquellos en quienes reside, son razones en cuya virtud estamos obligados á creerles. Cuando concurre todo lo dicho, la verdad de su mision queda establecida; y en consecuencia pueden ellos desde entónces obrar con derecho y poder, en calidad de Enviados de Dios."

14. Queda, pues, demostrado que hai verdades superiores á la razon; que Dios puede comunicárselas á los hombres y revestirlas á sus enviados de un poder divino que persuade la legitimidad de su mision y convenza de la divinidad de la doctrina revelada. ¡Pero el hombre es capaz de conocer esta revelacion? Sí, amados hijos, y para esto no necesita sino de poner en ejercicio sus facultades naturales.

## II.

15. Habéis visto que son cuatro, regularmente hablando, los medios que sirven á Dios, para revelar á los hombres una doctrina superior á la naturaleza humana, conviene á saber: la excelencia sobrenatural de la doctrina que se predica, la santidad extraordinaria del enviado que la anuncia, el divino poder que prueban los milagros, y la ciencia celestial que demuestran las profecías. Veamos, pues, cómo para conocer con toda evidencia estos cuatro medios de comunicacion extraordinaria entre Dios y el hombre, no necesita éste de mas que poner en ejercicio y dirigir bien sus facultades naturales.

16. "Comenzando por la excelencia sobrenatural de la doctrina que se predica, debemos confesar que para reconocer su origen, es suficiente poder inferir, á vista de su examen, que ella no ha podido venir de los hombres. Si tenemos pues recursos abundantes para hacer este exámen, y por otra parte datos suficientes para conocer que la doctrina de que se trata, no ha podido venir de los hombres, nadie negará que contamos con los medios necesarios para llegar á la certidumbre de la divinidad de la doctrina. Ahora bien, estos medios como veremos luego, se contienen íntegramente en la exacta deducción.

17. "La exacta deducción nos eleva al conocimiento de otras naturalezas mas excelentes que la nuestra, nos suministra las ideas de una perfeccion que no tiene el hombre. El filósofo debe al rigor de su crítica y á la exactitud de sus deducciones la idea de Dios, el conocimiento de sus atributos, las nociones sobre la verdadera felicidad, sobre lo infinito, lo eterno; objetos todos que no han podido ser una creacion del entendimiento, un fantasma de la imaginacion, una impostura del genio; ideas que se representan, porque tienen un objeto fuera del alma. Así pues como el hombre, sin necesidad de potencias sobrenaturales, de medios de investigacion milagrosos, sin ser Dios, sin ser infinito, sin ser perfecto, sin poseer la verdadera felicidad mientras está en la tierra, llega á adquirir el conocimiento de aquellos objetos por solo el uso de su razon natural, así tambien puede llegar sin otros recursos á reconocer el carácter celestial de una doctrina revelada. No es la doctrina mas perfecta que la perfeccion misma, mas infinita que el mismo infinito, mas eterna que la eternidad misma, mas misteriosa y elevada que su Autor, mas útil, mas buena, mas poderosa, mas pura, mas excelsa ni mas santa que su causa. ¿Qué faltaría pues á la exacta deducción para reconocer el carácter divino de la doctrina revelada, cuando tiene lo que necesita para elevarse al conocimiento y descubrir los atributos inefables de Dios? Todos los filósofos, todos los hombres de mediano sentido toman á cada paso en sus labios estas palabras: *Dios, Ser perfectísimo, Omnipotente, infinitamente sabio, último fin, bienaventuranza, santidad infinita, &c. &c.*; y todos hablan de un modo que parecen entender lo que dicen; mas no se sabe que todos tengan, ademas de los recursos mentales y comunes de la naturaleza, algunos otros extraordinarios que se les hayan dado aparte, para entender estas cosas y mencionarlás. ¿Qué resulta de aquí? Una consecuencia forzosa que por

cision debemos admitir: ó nos bastan los medios naturales de que ya hemos hablado, para reconocer los caracteres divinos de una doctrina revelada, ó los sabios y los ignorantes hablan lo que no entienden ni perciben, cuando traen á propósito en sus escritos ó discursos esas diferentes palabras que corresponden á las ideas de los objetos sobrenaturales.

18. "¿Se dirá que lo limitado no puede contener lo ilimitado, ni lo finito lo infinito, ni lo imperfecto lo perfecto? Este es un antiguo sofisma, que los incrédulos no dejan de repetir para minar los cimientos del edificio angustó que reúne á todos los que viven de la fe. No confundamos dos ideas que deben estar separadas: una cosa es producir ó crear objetos superiores á nuestra naturaleza; y otra muy diversa el ser capaces de conocer y distinguir estos objetos cuando se ofrecen á la inspeccion del espíritu. Seria ridículo pretender que el pobre no tiene idea de la riqueza, ni el cobarde del valor, ni el ignorante de la sabiduría; y no lo sería ménos, por lo mismo, suponer que la razon, por limitada, finita y humana, no puede conocer lo ilimitado, lo infinito y lo divino. Uno de los deístas mas célebres, el mismo Rousseau, encarece, es verdad, la dificultad que hai para reconocer los caracteres divinos de la doctrina revelada; pero de ninguna manera supone que se necesite otra cosa para este fin, sino el estudio, la reflexion y los conocimientos, es decir, los medios intelectuales de un entendimiento cultivado y una razon expedita. "Este carácter, dice, esto es, el de la divinidad de la doctrina, es el mas seguro y el mas infalible, pero el ménos fácil de fijar la certidumbre; porque exige, para hacerse sentir, el estudio, la reflexion, los conocimientos, las discusiones, que no convienen sino á los hombres instruidos y prácticos en el arte de raciocinar."

19. "Si de las cualidades de la doctrina pasamos á examinar el carácter propio del enviado que la anuncia, nos basta formar este raciocinio: "Es mas fácil conocer las cualidades ostensibles de un hombre, que las relaciones profundas de una doctrina revelada: si pues el criterio natural nos basta para lo segundo, con mayor de razon debemos inferir que nos basta para lo primero. ¿Cuáles son los caracteres que debe presentar un enviado del cielo? De parte del entendimiento, la razon, el saber, el espíritu, la prudencia; de parte de la voluntad, la santidad en las acciones, la veracidad en los discursos, la justicia inalterable, la pureza de las costumbres, las virtudes inaccesibles á las pasiones humanas. Todos estos objetos son accesibles, hieren los sentidos, fecundan la experiencia, admiten la comparacion, sostienen el exámen, y pueden por lo mismo ser competentemente calificados y puestos en el rango que les toca, sin otra diligencia que atender á ellos y á los obstáculos invencibles que la naturaleza humana opone á la perfeccion moral cuando no tiene mas luz que su luz ni mas fuerza que su fuerza. Este signo, es decir, el que se busca en el carácter propio de la persona enviada, "es, dice Rousseau, el que hiero de preferencia á las almas buenas y rectas que reconocen la verdad donde ven la justicia, y no oyen la voz de Dios sino cuando se anuncia por los labios de la virtud." Concluyamos pues, sobre el testimonio de un deísta, que el carácter de las personas enviadas por Dios para anunciar su palabra, es mas accesible á la razon que el carácter mismo de la doctrina que anuncian."

1 Teisième lettre écrite de la Montagne.

20. Una doctrina que abraza la verdad en toda la extension de sus objetos, que traspasa con mucho la órbita de la inteligencia, que revela misterios inaccesibles pero no contrarios á la razon, que hace admirar la unidad mas perfecta entre la inmensa variedad de las cosas que contiene; tan universal, que ha penetrado hasta los últimos confines de la tierra; tan pura, que no tiene mezcla ninguna de error; tan constante, que nunca se ha desmentido á sí misma ni en la mas mínima de sus partes; tan fecunda, que ha podido trasformar la razon humana dilatando indefinidamente los horizontes de la inteligencia; tan provechosa, que ha instituido y multiplicado, y conducido hasta el heroismo las virtudes en la tierra; tan ilustre, que ha cubierto con los rayos de su luz y encumbrado maravillosamente á los talentos mas agigantados y á los ingenios mas esclarecidos; tan irresistible y fuerte, que ha reducido á polvo por diez y ocho siglos á sus enemigos mas encarnizados; y tan sentimental, que derrama todos los consuelos en el corazón, era imposible que fuese un producto de la tierra. Un predicador que al enseñar esta doctrina descubre cualidades y prendas que arrebatan, admiran y atraen irresistiblemente la veneracion; lleno de zelo por la verdad hasta el extremo de sellarla con el testimonio de su sangre; desprendido de todo interes terreno, sin buscar honores, riquezas, influjo y dominacion; sencillo y tranquilo al emitir sus oráculos; rígido sobre todo encarecimiento en el gobierno de su conducta; entregado á los intereses de Dios y en comunicacion constante con Su Majestad; amigo de los hombres y poseído profundamente del amor á su felicidad; es un carácter tan elevado, angusto y santo, que no puede tener su tipo en la simple naturaleza, ni ménos en su decadencia original y cuando marcha de continuo entre las tinieblas de la ignorancia, las creaciones del error y la impostura por una parte, y entre las depravadas inclinaciones de la voluntad, el ímpetu de las pasiones y la contaminacion de los vicios por la otra. Sin embargo, hijos míos, no son estas las únicas credenciales de su celestial origen que muestra la revelacion á los hombres; preséntales el testimonio de la misma naturaleza rendida y avasallada bajo el poder que sobre ella ejercen los enviados de Dios, cuando ejecutan esas obras estupendas que se llaman *milagros*. ¿Qué es un milagro? Santo Tomás le define: "una cosa hecha fuera del orden de la naturaleza creada." Un teólogo de nuestros días, concertando en su definición todas las que han dado los filósofos y teólogos mas distinguidos, le llama "una obra sensible, asombrosa, contraria al orden acostumbrado de la Providencia y á las leyes de la naturaleza. Excusado me parece probaros la posibilidad de estas obras; ridículo fuera negar al Creador y Supremo Legislador del universo el poder de derogar libremente las leyes que le impuso. Lo que importa es, y esto me propongo, manifestar que el hombre, para estar cierto de que un milagro existe, no necesita mas que servirse de su razon.

21. Si como se ha visto, el milagro es una cosa sensible, claro es que afecta los sentidos, y que estos bastan para demostrar la existencia del hecho milagroso: esto se palpa con un ejemplo. Figuraos, hijos míos, cualquiera de los milagros que nos enseñan las Sagradas Letras, y luego comprenderéis que, para tener conocimiento de ellos por ciencia propia, basta presenciarlos, y para tener certidumbre de su existencia cuando no se han presenciado, basta el testimonio de los hombres en los mismos términos

que nos trasmite la noticia de cualesquiera otros hechos naturales ó acontecimientos humanos. Milagro seria detener el curso del sol: pues bien, para certificarse del hecho basta tener ojos y verle quieto, basta dirigir bien el sentido de la vista, de manera que nos dé una plena seguridad de no ser engañados. Puedo tomar un reloj en la mano al tiempo de ver pasar el sol, y al ponerse reconoceré el tiempo: si por una parte sé la hora fija en que se pone, y por otra mi reloj me advierte que se ha puesto tres horas despues, ninguna duda puede caberme del hecho: la estacion del sol es una verdad; mi vista no me ha engañado. La resurreccion de un muerto despues de cuatro días de sepulcro y cuando ya el cadáver es presa de la corrupcion, como sucedió á Lázaro, es un milagro. ¿Qué se necesitaba para saberle? Identificar la persona del muerto con la del resucitado: los ojos que vieron enterrar á Lázaro, que le vieron depositado en el sepulcro cuando se levantó la loza, y el olfato que sintió la pestilencia de la muerte, bastaron para poner de manifiesto que aquel era un cadáver; y los mismos ojos que le vieron levantarse vivo á la voz de Jesucristo, bastaron para persuadir que aquel muerto habia resucitado. Esto es bastante claro y en consecuencia no necesito ni de ampliar explicaciones, ni de multiplicar ejemplos. Luego el hecho en que consiste un milagro, no necesita, para ser conocido naturalmente, nada mas que lo que basta para conocer la existencia y cualidades de los cuerpos en el orden fisico: sentidos bien dirigidos, esto es todo.

22. Pero qué, ¿solo ver, ú oír, ó sentir basta para conocer que lo que se ve, oye ó siente es un verdadero milagro? No, hijos míos: es necesario tener un medio para persuadirse de que el hecho es contrario á las leyes de la naturaleza y al orden comun de la Providencia, y para esto se necesita y basta el uso de la razon. Basta por sí misma puede saber y de facto sabe cuáles son las leyes que rigen al universo fisico: esto es tan cierto, que ha elevado la teoría de estas leyes á la categoría de una ciencia en cada género: el conjunto de todas se llaman *ciencias naturales*. Pues bien, el buen uso de los sentidos nos da la certidumbre del hecho, si es que le hemos presenciado, y el calificado testimonio de los hombres nos trasmite su noticia con entera seguridad en el caso contrario: entónces nuestra razon juzga el hecho por las leyes que conoce, y si va conforme á ellas, por estupendo y maravilloso que sea, dice resueltamente con la seguridad de la mas profunda conviccion: "esto no es milagro." Ved pues, hijos míos, cómo nuestros sentidos y nuestra razon bastan para tener el conocimiento de los milagros en clase de tales, y persuadimos que quien los ejecuta ha recibido la comunicacion de un poder divino, y prueba con ellos el origen celestial de la mision que ejerce, y el carácter sobrenatural de la doctrina que enseña.

23. "En vano se ha querido confundir la sorpresa de algunos descubrimientos científicos que suelen aparecer sin revelar su causa, con lo que llamamos milagro: ninguno de estos descubrimientos presenta oposicion con las leyes de la naturaleza; los milagros sí la presentan: ninguno de los fenómenos naturales deja de reproducirse, al arbitrio del sabio, desde el momento en que se analiza; mas ninguno de los milagros ha obedecido jamás al *fiat* que pronuncian el talento y la sabiduría humana: los fenómenos naturales se siguen observando y reproduciendo sin que llegue á descubrirse su causa; los

hechos milagrosos, siempre raros, presentan desde luego su oposicion, sin necesidad de que se reproduzcan. ¿X por qué presentan desde luego su oposicion? porque no necesitan para descubrirla sino el conocimiento prévio de las leyes naturales. "Los brillantes fenómenos de la electricidad, dice Duvoisin, á pesar de su novedad misma, no pueden ser milagros, sino para los ignorantes: porque el observador que los advierte, no puede, sin embargo de su impotencia para descubrir la causa, dudar que esta existe en la naturaleza. Mas por muchos descubrimientos que se hagan en las ciencias físicas, la súbita curacion de todo género de enfermedades, la resurreccion de un muerto, serán siempre milagros, porque entre estos fenómenos y las leyes conocidas de la naturaleza se percibe desde luego una directa oposicion." 1 Vengamos á las profecías.

24. "Siendo la profecía, la predicción infalible de un acontecimiento futuro, contingente y remoto, supone, para ser conocida, dos cosas: el conocimiento de la predicción, y el de su cumplimiento. Las predicciones, si son actuales, ó pasan á nuestra vista y entónces nos basta oír y entender lo que se anuncia; ó han pasado en lugares léjos de nosotros, y entónces podemos adquirir la certidumbre de ellas segun las reglas que se han establecido para calificar el testimonio humano: si son pasadas, podemos cerciorarnos perfectamente de su existencia, poniendo en ejercicio las reglas de crítica que sirven para calificar la tradicion oral, la historia y los monumentos. No creo necesario probar esto; porque una predicción, cualquiera que sea, no exige, para ser entendida, nada mas de lo que exige un hecho sensible: nada tiene que altere la naturaleza de los hechos con relacion á los conductos por donde se transmiten. Un profeta, cuando predice lo futuro, siempre anuncia ciertas ideas por medio de ciertas palabras. El que tiene pues ojos para ver al profeta, oídos para escucharle, y entiende la lengua de que se sirve, tiene lo necesario para conocer con certidumbre la existencia de la predicción; y como para ver, oír y entender un idioma, no se necesitan recursos sobrenaturales, clarísimo es que, para tener certidumbre de una predicción, bastan los medios comunes de la crítica.

25. Lo que os he dicho de la predicción en cuanto á los medios de conocerse, puede aplicarse á su cumplimiento, pues éste no es otra cosa que un acontecimiento, un hecho mas ó ménos importante, mas ó ménos extraordinario; natural, comun ó milagroso; pero siempre un hecho, es decir: una cosa que se ve, que se oye, que se palpa, que se conoce por los sentidos si está presente, por la tradicion, la historia ó los monumentos si es ya pasado; un hecho de que podemos tener certidumbre ó simple probabilidad, ó resistencia absoluta para creer, no por la naturaleza del acontecimiento, sino por el número y la calidad de los testimonios, por el concurso, la insuficiencia ó la absoluta falta de los datos en que se funda el juicio de su existencia. En efecto, ninguna diferencia de criterio vemos que haya entre la ruina de Jerusalem profetizada y la conquista de las Galias no profetizada. La venida de Jesucristo, su predicacion, sus milagros, su vida, su pasion, su muerte, su resurreccion, &c.: todo estaba profetizado; mas esta circunstancia no impide que todas las cosas dichas sean unos objetos sensibles, adaptados á la inteligencia comun, expuestos á la pública espectacion. Para sa-

1. Demonstration évangélique, § 19. Notions sur les miracles.

ber que en cierto tiempo apareció en Palestina un hombre extraordinarísimo, que se llamaba Hijo de Dios, que profirió tales ó cuales discursos, que hizo estas ó aquellas cosas, que compareció á tales ó cuales tribunales, que sufrió ciertas persecuciones, que murió de esta ó de la otra manera, que fué sepultado en tal parte, &c., &c., no se necesita mas, que para saber que en cierta época un hombre llamado Alejandro Magno hizo tales conquistas y murió en tal parte; ó que á fines del pasado siglo se levantó del seno de la revolucion francesa un incomparable caudillo que sucesivamente fué pasando por una serie de ascensos, hasta llamarse emperador de los franceses; que fué por mucho tiempo árbitro de la victoria, que llevó las águilas francesas hasta las pirámides de Egipto, hasta llegado aquel dia, en que ya siniestra la fortuna, le hizo prisionero de la Gran-Bretaña; que fué relegado á Santa Helena, donde se le abrió por fin su sepulcro. Siendo pues, á pesar de la diversidad de su carácter, enteramente iguales los hechos profetizados ó no profetizados en cuanto á los medios que les llevan al conocimiento de la multitud, es evidente que para saber con certidumbre la realizacion de un acontecimiento profetizado, nos bastan las reglas establecidas para calificar la relacion de los sentidos ó el testimonio de los hombres." 1

26. Las breves reflexiones que acabo de haceros, hijos míos, acerca de la posibilidad de la revelacion, bastan sin duda para que todos vosotros ponderéis como es debido la ceguedad ó mala fe de los incrédulos que la niegan: he manifestado que la revelacion puede ser hecha por Dios y recibida de los hombres; pues Dios es la verdad misma, es la omnipotencia, y por consiguiente puede comunicar las verdades que le parezca al género humano, instituyendo enviados que de su parte las muestren y revisitiéndoles de caracteres que produzcan toda certidumbre acerca de su mision, con la excelencia sobrenatural de la doctrina, la santidad de su vida, el portento de sus obras y el cumplimiento de sus profecías: y que el hombre no necesita sino solamente de sus sentidos y razón para conocer la existencia de tales caracteres, y persuadirse plenamente de la verdad y divinidad de la doctrina revelada por Dios á los hombres. No era necesario, bien lo sé, haber emprendido el trabajo de comprobar esta verdad, pues ninguno de vosotros dudaria jamas ni de la sabiduría ni del poder de Dios, y todos sabéis muy bien lo que es un milagro, que un milagro afecta los sentidos y es conocido por la misma razon natural como una obra divina. Pero hai mucha zizaña mezclada con la buena mies: nada se perdona para combatir la verdad revelada y extirpar la fe, para sorprender los ánimos sencillos, introduciendo en ellos el veneno de la duda, y es por lo mismo en gran manera conveniente que tengáis, hijos míos, las debidas nociones para estar mas y mas firmes en la profesion y práctica de la doctrina cristiana. No déis oído ninguno á las cavilaciones de los ímpios: guardad como una delicadísima esencia el tesoro de vuestra fe, inapreciable sobre todo encarecimiento, incapaz de adquirirse por los recursos de la naturaleza; don precioso, virtud infusa que nos eleva constantemente hácia Dios, como el Ser por esencia, el que todo lo puede, y el único capaz de llenar la inmensidad de nuestro corazon.

1. Todo lo que se ha puesto entre comillas sin una cita especial, lo he tomado en extracto de mis *Estudios fundamentales sobre el hombre*, Lib. 6.º y de mi obra *Del pensamiento*, Part. 3.ª Sec. 2.ª Lib. 2.º

## PRELIMINARES

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## DECIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE LA NECESIDAD DE UNA REVELACION DIVINA Y LA IMPORTANCIA QUE SIN EMBARGO DE ELLA TIENE LA RAZON HUMANA.

*Unde ergo sapientia venit? et quis est locus intelligenti? Abscondita est ab oculis omnium circumstantium. . . . Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius. . . . Et dixit homini: Ecce timor Domini, ipsa est sapientia: et recedere á malo intelligentia.*

¿Pues de dónde viene la sabiduría? ¿y cuál es el lugar de la inteligencia? Escondida está á los ojos de todos los vivientes. . . . Dios entiende su camino, y él es el que sabe el lugar de ella. . . . Y dijo al hombre: he aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse de lo malo, la inteligencia.

Job. Cap. XXVIII vv. 20, 21, 23 et 23.

1 He probado, amados hijos, en mi precedente instruccion, que hai verdades superiores á la razon humana, existentes en la mente divina desde la eternidad, y que no llegarían al conocimiento nuestro, si Dios no las manifestase de una manera extraordinaria, es decir, fuera del orden comun con que llegamos á conocer las verdades puestas al alcance de nuestra inteligencia: que Dios puede sin duda comunicar las primeras á los hombres por medio de representantes suyos, divinamente instruidos y suficientemente autorizados: que puede hacer manifestas para todo el mundo la divina inspiracion de sus enviados, con solo la excelencia sobrenatural de la doctrina que ellos enseñan, y su autorizacion con la santidad de su carácter, su poder sobre la naturaleza y su ciencia del porvenir: finalmente, que el hombre, sin mas recurso que sus sentidos y su razon, puede conocer á los enviados y persuadirse de su mision divina, convenciéndose del carácter sobrenatural de la doctrina, de la santidad admirable del que la enseña y del hecho de los milagros que ejecuta ó de las profecías que hace; pues todo esto se

sabe, ya por los sentidos, ya por el testimonio humano, y la divinidad que presuponen la doctrina, el milagro y la profecía se manifiesta claramente al espíritu sin otra luz que la del entendimiento humano. Mas no basta probar que la revelacion de una doctrina divina es posible: porque si Dios es omnipotente, no es omnigerente, digámoslo así; todo lo puede, mas no lo hace todo, sino solamente lo que quiere. Es necesario ver si pudiendo revelar á los hombres una doctrina sobrenatural, quiso hacerlo en efecto: porque si con solo querer hace cuanto quiere, de la voluntad de Dios se deduce bien su cumplimiento. ¿Cómo inferir que Dios quiso lo que podia en este punto? Varios argumentos podrían proponerse; pero hai uno visto generalmente por los teólogos y los filósofos como decisivo en el caso, la necesidad; mas no cualquiera, sino solo aquella que manifiesta de antemano un designio de Dios, porque entónces hai esta alternativa de la cual no puede salirse: ó Dios hizo en efecto cuanto era necesario para el cumplimiento de sus designios, y en este caso con solo probar la necesidad se prueba la existencia de la cosa necesaria; ó no lo hizo, y en este caso, queriendo el fin no puso los medios, y habria imprevision, ó falta de poder, ó inconsecuencia en el obrar, lo cual no puede decirse, creerse ni aun imaginarse tratándose de Dios. Queriendo pues, amados hijos, no dejar descubierto ningun punto de los que abraza la demostracion católica, voi á hablaros aquí de la necesidad de la revelacion, despues de haber probado su posibilidad.

2. El Santo Job consagra un capítulo de su libro al origen exclusivamente divino de la sabiduría y la inteligencia: discurre sobre la procedencia y lugar de todas las cosas materiales, manifestando cómo la plata, el hierro, tienen su procedencia marcada, cómo hai lugar donde nacen las piedras preciosas, &c., &c.; pero en viniendo á la sabiduría y la inteligencia, pregunta en vano dónde residen á todas las creaturas, pues todas le responden que no está en ellas. Vuelve á preguntar, y contesta que se halla escondida á los ojos de todos los vivientes. La perdicion y la muerte dijeron que habian oido su fama; y el Profeta concluye de todo, con tanta verdad como exactitud, que solo Dios entiende su camino y él es el que sabe el lugar de ellas. Recuerda la manifestacion que hizo al hombre de la sabiduría, que consiste en el temor de Dios, y de la inteligencia, que consiste en apartarse de lo malo. *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius. Et dixit homini: Ecce timor Domini, ipsa est sapientia: et recedere á malo, intelligentia.* Esto mismo ponderaba el Profeta Rei recordando tiempos mas felices, cuando habia recibido una comunicacion de luz para ver los arcanos de la sabiduría de Dios: *incerta, et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi.* Esto es, mis amados hijos, lo que puedo decir de sí la humanidad entera con relacion al tan feliz como fugitivo periodo de su estado primitivo; mas el pecado puso una venda en el espíritu y depositó el veneno de la muerte en el corazon, y esta pérdida trajo por consecuencia precisa que al cabo de algunos siglos llegase casi á faltar del todo entre los hombres la sabiduría y la inteligencia. Era pues necesario que Dios retocara su obra, digámoslo así, comunicando al hombre otra vez la sabiduría y la inteligencia, es decir: revelándole toda la verdad y disponiendo su alma para que la creyese. Tales son los principios en que se funda la necesidad que tenia el hombre de una revelacion divina.

3. No es esta la primera vez que toco este punto, porque tampoco la verdad que

él contiene es una verdad aislada: refleja su luz por todas partes; mézclase en todo, por decirlo así: no podemos tratar del hombre sin encontrarnos luego con su limitación é impotencia, y sentir la necesidad de un recurso extraordinario que llenara estos inmensos vacíos de la naturaleza. En mi primera instrucción, parte segunda, emité bastantes ideas, que con solo dárles una aplicación, podrían figurar aquí; en la cuarta manifesté que la verdad en el entendimiento y la virtud en la voluntad, grandes objetos de la doctrina, fueron restaurados por Jesucristo; luego la doctrina restauradora de ambas cosas era una necesidad imprescindible para toda la humanidad. En la octava probé que no podemos alcanzar nuestro fin último sino con las obras de fe, esperanza y caridad, y en la novena, que no podríamos ejercitar estas obras sin el conocimiento prévio de la doctrina revelada que las enseña: lo cual, como estáis viendo, equivale á una demostración mas ó ménos directa de la necesidad que habia de una revelación divina. Sin embargo, como se trata de un punto cardinal de altísima importancia, creo muy conveniente dedicar á solo esto una de mis instrucciones, y me he determinado á ello, á pesar de lo dicho, por tres graves motivos: el primero es lo mucho que importa manifestar por sí sola esta verdad en su mayor amplitud: "la humanidad entera necesitaba una revelación divina:" el segundo es que he hablado hasta aquí de la necesidad de la doctrina, supuesta su revelación, pues así se habla cuando se dan por sentados los principios de una ciencia, y ahora debo demostrar estos principios, probando que es necesario, no el saber una doctrina ya revelada, sino el que Dios revelase una doctrina para que la humanidad pudiese adquirir la perfección y el sumo bien á que Dios quiso destinarla: el tercero es, manifestaros para vuestra mayor instrucción las relaciones que median entre la razón y la revelación, para que ni la primera se considere como inútil por ser necesaria la segunda, ni ésta como exclusiva de aquella desde que fué manifestada á los hombres.

4. El tercero de estos motivos manifiesta cuál es el plan que debo seguir para tratar el punto con mejor método. Una revelación divina era necesaria; hé aquí lo primero: mas no por esto la razón humana es inútil; hé aquí lo segundo.

5. La razón humana, hijos míos, ha tenido tres estados muy diversos, que nunca deben confundirse: el de su pureza primitiva, el de su decadencia moral y el de su restauración en Jesucristo. Estos tres estados tienen caracteres tan propios cada uno en sí mismo, que con solo estudiarlos bastaria sin duda para dejar bien demostrada la necesidad de una revelación divina.—¿Pero cómo suponer, podría decir alguno, que una facultad perfectible sea mas perfecta en su principio que en su desarrollo? ¿No es la razón el distintivo de una alma que Dios ha creado? ¿sus facultades no tienden á la perfección? ¿cómo pues al desenvolverse, cómo al aplicarse, cómo al tocar su objeto entrarían en decadencia? Luego es necesario suponer ó que la razón basta por sí al objeto con que nos fué dada, ó que Dios se faltó á sí mismo al dotar con este noble atributo á la humanidad.—Este es el fuerte de los deístas, y mas todavía el del moderno racionalismo. Sin embargo, la historia mejor comprobada nos habla de un hecho que

todo lo explica, el pecado original. Este vino del hombre y no de Dios, y por lo mismo deja intactas estas dos verdades: "la razón, como toda obra de Dios, fué perfecta en su creación; la razón decayó por el pecado que fué obra del hombre." Luego bien se concibe un estado de perfección primitiva, y uno de decadencia moral. Un estado de decadencia sirve á su turno, por una razón contraria, para comprender un estado de restauración.

6. Debilitada pues la naturaleza por el pecado, todo el orden de cosas cambió: por consiguiente, la carrera de la humanidad siguió en decadencia, bien así como sin la interposición del pecado habria tenido una marcha progresiva de perfecciones. Luego era necesario un medio extraordinario que restaurase el poder natural de la razón, y este medio no podia ser otro que el de una revelación divina.

7. Pero qué, ¿el pecado original no es un dogma, un objeto de la fe, un punto de los contenidos en la misma revelación? Sí. "¿Cómo pues, argüir con un hecho comprendido en el hecho mismo que ha de probarse? Esto es en buenos términos un círculo vicioso," replican los deístas. A esto se les podría contestar, y muy bien: la razón humana tiene idea y debe tener convencimiento de la pureza primitiva, porque la tiene de Dios, y está convencida de que nada impuro y mal dispuesto sale de sus manos. Si pues andando el tiempo ve oscurecida y debilitada esta primitiva luz de la naturaleza, y al hombre dominado por los errores, y no gobernado por la verdad, necesita una causa para explicar el hecho, porque no se da efecto sin causa, tiene que atribuir á Dios ó al hombre los errores y los vicios de la humanidad, y no puede referirlos á Dios sin desmentirse á sí mismo, porque siendo infinitamente veraz é infinitamente santo, no puede ser causa eficiente ni del error ni del mal. Hé aquí un aprieto tremendo para la razón, una situación tal, que ó se queda sin explicar los errores y los males, ó tiene que suponer en el hombre una perversion primitiva de su libertad moral capaz de oscurecer su mente y corromper su corazón. Podrá llamarle como quiera, esto no importa; pero el hecho es el mismo. Luego la razón puede por sí adelantarse mucho á la suposición de aquel dogma, y el filósofo cristiano no anda tan fuera del mas estricto discurso cuando deduce del pecado original del hombre la decadencia de su razón, y de aquí colige la necesidad estrecha de una revelación divina. Sin embargo, respetemos los escrúpulos de los deístas y racionalistas, cosa que nada nos cuesta; pues por un camino que ellos andan tambien y han andado siempre, podemos llegar al mismo resultado, sin tomar en cuenta el pecado original.

8. Ya os he dicho que hai verdades muy superiores á los alcances de la razón, y tales son: en primer lugar, los misterios de la fe, y en segundo los sublimes arcanos de la naturaleza. Dios ha querido sin duda que el hombre dentro del mismo círculo que domina con su razón hallase verdades incontestables y al mismo tiempo incomprendibles, para que no tuviera el menor pretexto para negar su asenso á los misterios angostos de la religión. El hombre, sin salir de sí mismo, se halla colocado en medio de dos océanos, digámoslo así, uno de luz y otro de tinieblas. No puede negar su cuerpo, pues le palpa, le ve, le oye, tiene sobre él toda la evidencia de un hecho perfecta y constante.

mente percibido por los mismos sentidos: no puede negar su alma, ni confundirla con el cuerpo, siendo notorio que siente su pensamiento y nada encuentra en él que sea material; tampoco puede poner en duda la íntima union, el recíproco influjo y constante comercio de su cuerpo y alma, porque todo esto lo percibe con la evidencia de hecho, la de sentimiento y la de razon. Pero ¿cómo están unidas estas dos sustancias tan diversas? ¿cómo se corresponden? ¿cómo se influyen sin que ninguna de ellas sufra ningun cambio en su naturaleza? Hé aquí el arcano; hé aquí las finieblas, el caos impenetrable, el *non plus ultra* de la razon humana. Hai pues misterios en la religion, dogmas inaccesibles á la naturaleza, y cuya existencia no puede chocarnos, como no nos chocan los arcanos de la misma naturaleza. Si los misterios no pueden ser descubiertos por la razon, tampoco pueden ser conocidos sin ser revelados: luego se necesitaba una revelacion sobrenatural y divina, para que el hombre pudiera conocer esta clase de verdades. Primera prueba sacada de la existencia é inaccesibilidad de los misterios.

9. Pero qué, ¿necesitaba el hombre saber los misterios para perfeccionar su naturaleza y conseguir los fines que se propuso Dios al crearle? No digo tanto, hijos míos: la necesidad de creer los misterios y su carácter de obligacion viene del hecho de haber sido revelados; que á no haberlo sido, no habría por cierto necesidad ni obligacion. "Las verdades de primer orden, dice un teólogo eminente de nuestros días no pueden servirnos para probar la necesidad de la revelacion divina, porque está reconocido que estas verdades no nos son necesarias mas que de una manera hipotética y en tanto que ha querido Dios dárnoslas á conocer y creer para asegurar nuestra salvacion. Así estas verdades, que mas bien suponen que prueban la revelacion, no entran en la demostracion que me propongo."

10. "Restan las verdades de segundo orden; y como éstas son del patrimonio de la razon, la cual puede conocerlas por sí misma, es evidente que no puedo tener intencion de probar la necesidad absoluta de su revelacion, sino solo la necesidad moral; y en efecto, en este último sentido asiento que es necesaria su revelacion."

11. "En primer lugar, para salir de las innumerables objeciones de nuestros adversarios, deístas y racionalistas, que nos acusan de desconocer las fuerzas de la razon y ultrajar la dignidad del hombre para fundar la necesidad de nuestra revelacion sobre su abatimiento; y ademas para evitar la apariencia de una peticion de principio, y de que se quejan de nuestra parte cuando suponemos que la flaqueza humana es el triste fruto del pecado de nuestro primer padre; para evitar, digo, todas estas dificultades y declamaciones, nos ha parecido mas cómodo, seguro y breve partir en nuestros raciocinios de un hecho conocido, público, universal, constante y de que nadie puede apelar como dudoso."

12. "Dos cosas resultan evidentemente de todos los monumentos de la historia: la primera, que el genero humano entero, abandonado á sí mismo, se apartó mas ó ménos vergonzosamente de los caminos de la verdad en lo que mira á la religion, á las costumbres y á los deberes; la segunda, que ninguna industria ó sagacidad humana ha podido jamas atraer los pueblos á los verdaderos principios. De donde tenemos el derecho de inferir que es necesaria al hombre una revelacion sobrenatural, tanto para hacerle entrar

en aquellos verdaderos principios, cuanto para mantenerle en ellos una vez que ha entrado."

13. La primera de estas proposiciones, amados hijos, está probada por la historia: he dicho poco; la historia toda es una prueba de ella. ¿Quién de todos los que viven ignora que el género humano ántes de Jesucristo estaba desprovisto de una doctrina revelada, si exceptuamos tan solo al pueblo judío? ¿Quién ignora que aquella multitud innumerable de naciones por el espacio de veinte y tantos siglos profesaban los mas crasos errores y se entregaban sin recelo á vicios abominables? Sin duda que la simple razon natural basta para conocer que existe un Dios, y es infinitamente perfecto. Sin embargo, ¿qué fué del conocimiento en Dios en todo el paganismo? Acabó á pedazos, por explicarme de esta suerte, quedando tan solo en pié una verdad presupositiva. Dios es esencialmente uno, y aquellos pueblos multiplicaron prodigiosamente sus dioses: ved pues aquí destruida la unidad. Dios es infinitamente perfecto, y aquellos pueblos admitieron en materia de perfeccion una repugnantísima escala de mas á ménos y de ménos á mas en la gerarquía de sus divindades: ved aquí destruida la perfeccion infinita. Dios es espíritu, incapaz de mezcla y composicion, y aquellos pueblos adoraron la materia bruta, la materia organizada, ídolos de piedra, animales, hombres: ved aquí destruida la simplicidad infinita de Dios. Dios es omniscio, es decir: todo lo sabe, todo lo ve; mas aquellos pueblos admitían ignorancia y oscuridad relativa en sus dioses. Unas deidades sabian lo que otras ignoraban: ved aquí destruida la omnisciencia é infinita sabiduría de Dios. Dios es omnipotente, y los paganos hablan de dioses mas ó ménos poderosos: ved pues aquí destruida la omnipotencia. Dios es impassible, pero el gentilismo encontró á sus dioses dominados por las pasiones, heridos del dolor: ved aquí destruida la impassibilidad divina. Dios es santo; pero el gentilismo encontró en el empleo á todos los vicios entrando en la categoría de sus deidades: ved aquí destruida la santidad infinita de Dios. ¿En qué quedó pues, amados hijos el conocimiento de Dios, el de su culto y toda la doctrina religiosa en los tiempos antiguos? en nada: todo volvió al caos. Ved pues, cómo la razon humana, lejos de progresar en el conocimiento de Dios, sus atributos y el verdadero culto que se le debe, cayó en los mas lamentables errores, descendió á los últimos abismos.

14. En cuanto á las costumbres, ya dije lo bastante para un simple recuerdo de lo que nadie ignora, en los números 16 y 17 de mi novena instruccion, y no insistí en ello, porque abominaciones tan repugnantes y horrorosas no son para repetidas. ¿Qué diré de las máximas? ¿qué de lo que podía llamarse y llamaron de facto *moral* aquellos infelices pueblos? Haced, hijos míos, una sencilla reflexion: si la religion de los gentiles divinizó á los vicios; si Baco consagraba la embriaguez, Vénus la prostitucion, y todos ellos el odio y la venganza, ¿cuáles podian ser en la tierra las reglas de las costumbres? No hai que extrañar por lo mismo ver autorizados por la moral pagana tantos crímenes, cuando la contaminacion general no perdonó entonces ni á los moradores del Olimpo.

15. ¿Y á qué atribuir, hijos míos, una ceguedad tan extrema, una corrupcion tan general y una decadencia tan absoluta? ¿Será que el estudio de la verdad se hubiese

<sup>1</sup> Perrone. Tratado de la verdadera religion, Parte primera, cap. II.

condenado al desprecio en aquellos siglos? No: al contrario, tal vez nunca se trabajó mas que entonces por disipar las tinieblas de la razon. El vulgo y la ciencia deben á la Grecia una palabra bien significativa y altamente histórica, la palabra *filosofía*. ¿Qué significa esta palabra? Amor de la sabiduría. Seríamos pues muy injustos acusando de inercia ó indolencia mental á un pueblo que inventó hasta la palabra misma representativa de todos los esfuerzos humanos para conquistar la sabiduría. ¿Será que hayan faltado entonces capacidades de primer orden y agigantados talentos? No, hijos míos: los hubo, y tanto, que si hemos de reducirnos á lo que da de sí la simple naturaleza, deberíamos reconocer que los tiempos modernos no han podido sobrepujar á los antiguos en este punto.

16. La divina revelacion ha dado á la inteligencia tanta luz aun acerca de las verdades que pueden conocerse por ella, que un niño de nuestras escuelas cristianas entraria en materia sin desventaja con el mismo Platon: luego por una razon contraria, si privamos á nuestros talentos modernos de esta luz adquirida, de esta expansion del sentimiento, de estos tipos de la mas alta virtud, tal vez nuestros diez y ocho siglos y medio figurarian una escala decadente ó plano inclinado que nos impidiese, no solo sobrepujar, pero aun igualar por lo ménos á los filósofos, historiadores, oradores y poetas del gentilismo. Hubo pues, hijos míos, en aquellos tiempos grandes capacidades, talentos de un orden supremo, laboriosidad é industria como nunca, espíritu de investigacion constante, estímulos para el talento nunca vistos: todo lo habia, ménos dos cosas: doctrina verdadera en los pueblos, verdad completa y pura en los sabios. Luego de nada sirvió aquella imponente galeria de talentos célebres, aquel esfuerzo inconcebible de los filósofos, aquella gran celebridad de los hombres mas esclarecidos por su saber, su penetracion, su elocuencia; porque los pueblos iban de mal en peor, porque todo habia concluido, y la verdad aun en ese orden en que parece subalternada á la inteligencia, no podia reaparecer ni ménos extenderse por todas las clases de la sociedad sin una revelacion positiva, sobrenatural y divina.

17. No me detendré mas, hijos míos, en explanar estos argumentos, ya porque versan sobre puntos generalmente conocidos, ya porque en mi novena instruccion toqué varios puntos que conducen á lo mismo, y debo dar por supuestos. Recomendándoos, pues, lo que allí os expliqué sobre la verdad en la primera parte, sobre la moral como regla en la segunda y sobre la conducta en la tercera, paso á tratar el segundo punto, esto es, á demostraros que si la revelacion era necesaria, como es incontestable; no por esto se ha de decir que la razon humana ó simplemente natural sea hoy, ni haya sido nunca superflua ó inútil.

## II.

18. No, hijos míos, léjos de nosotros caer en los extremos, léjos de nosotros el imaginar cosa alguna, en vista de lo dicho, contra este noble distintivo con que se manifiesta el hombre como el rei del universo físico, la razon; este poder incalculable, este rasgo de nuestra semejanza con Dios. Al contrario, veamos cómo ella es de la mayor

importancia, ya por la que en sí tienen sus objetos propios, ya por lo que de ella necesitaba la revelacion misma.

19. ¿Qué es la razon natural? Si la consideráis elementalmente, os diré, que representa todo el poder intelectual del hombre, toda su fuerza de concepcion y discurso, todo lo que puede dominar con su pensamiento: si la consideráis en sus efectos, la razon humana es la suma de los conocimientos que debe la humanidad á los trabajos de la inteligencia, la suma de todos los conocimientos estrictamente humanos; pero para que me entendáis mejor, os llamaré á vuestro individuo. Entre cada uno de vosotros en sí mismo y hágase la misma pregunta: "¿Cuál es mi razon, considerada como una facultad? Es mi capacidad para recibir ideas, mi aptitud para examinarlas, reflexionando sobre ellas, comparándolas entre sí, juzgando de su conveniencia ó discrepancia, descubriendo ciertas verdades, sacando sus consecuencias, haciendo sus aplicaciones á la conducta; reconociéndolas cuando vuelven á presentarse; recordándolas cuando yo quiero; revisitiéndolas interiormente de colorido y forma; en fin, mi razon es *idea* cuando me represento en mi alma los objetos que están fuera; es *atencion*, cuando me detengo á considerar las ideas; es *reflexion*, cuando las voy recorriendo una tras otra y vuelvo á las primeras; es *comparacion*, cuando las cotejo para ver en qué se parecen y en qué se diferencian; es *juicio*, cuando pronuncio aquella palabra interna que declara la conveniencia ó discrepancia de las ideas que yo he comparado; es *racionio*, cuando de una verdad conocida paso á descubrir otra desconocida; es *discurso*, cuando, repitiendo esta operacion, paso de verdades á verdades, como el viajero que recorre un camino; es *método*, cuando dispongo el ejercicio de mis facultades intelectuales con cierto orden y regularidad para trabajar con mas descanso y mayor aprovechamiento: en fin, mi razon, elementalmente considerada, consiste en todo el conjunto de las facultades de mi entendimiento. Pasando adelante, veo que el ejercicio de estas facultades, su desarrollo, su accion constante, su progreso regular, el orden con que las empleo, &c., &c., me han proporcionado una suma de conocimientos, cuyo conjunto forma mi riqueza intelectual. Pues bien: este conjunto de conocimientos es mi razon considerada en sus efectos, son los frutos de mis trabajos intelectuales. Aplicad ahora esta observacion á todos los hombres, y os formaréis una idea de la razon comun; prescindid luego del tiempo, para comprender no solo á los hombres que hoy viven, sino á cuantos han existido, y os formaréis una idea de la razon de toda la humanidad, ó sea de la razon humana. Pasemos, pues, á indagar la importancia de la razon.

20. El hombre tiene dos vidas intelectuales, por explicarme así; una simplemente natural, que representa su vida física, y otra que es la accion de su inteligencia sobre lo que naturalmente conoce, su comercio puramente humano con todos sus semejantes. Pues bien: en este círculo el hombre necesita de tal suerte contar con la razon, que si así no fuese, tendria la vida del bruto. "Pero, ¿qué acabáis de decir? me replicaréis vosotros: ¿la vida del bruto un ser que, aunque destituido de razon, cuenta con la revelacion?" De intento me propongo esta dificultad, hijos míos, porque ella debe conducirnos á reconocer la necesidad de la razon aun para la revelacion misma. Si esta es manifestacion de verdad, necesita un ser que la reciba, una inteligencia que la entienda,

una razon que la conozca. Si no hubiese razon, ¿á quién se haria y para qué la revelacion? A nadie y para nada: á nadie, porque sin capacidad para conocer, toda manifestacion es inútil; para nada, porque siendo la revelacion comunicacion de verdad para realizar en toda su plenitud el objeto del entendimiento, que, como ya os he dicho y bien lo sabéis, es el conocimiento de la verdad, si no hubiese entendimiento, tampoco tendria objeto ni razon alguna la revelacion de la verdad.

21. Más todavía: la razon es una necesidad de la fe. ¿Por qué? porque la fe es creer lo que no se ve, dar asenso á lo que Dios dice, y darle, no como quiera, sino bajo el concepto de que dice la verdad y no puede decir el error; porque un Ser infinitamente veraz como es Dios, no puede engañarse ni engañarnos. La fe supone por lo mismo tres cosas: primero, conocimiento natural de Dios como la suma verdad, y á este conocimiento llega por sí sola la razon humana; segundo, conocimiento pleno de que ha revelado tal ó cual cosa, y á este conocimiento llega por sí sola la razon humana; tercero, sumision absoluta y omnimoda del entendimiento á lo que Dios ha revelado, ó lo que es lo mismo, sumision de la razon á la fe. Suponed, pues, que la razon faltase: ¿qué se seguiria de aquí? Que no habria conocimiento prévio de la infinita veracidad de Dios, y por consiguiente, se confundiria lo falible con lo infalible, lo histórico con lo hipotético, lo que es verdadero con lo falso, y esto seria un monstruo: tampoco habria medios para cerciorarse bien de si una doctrina era en efecto revelada por Dios, ó una invencion humana, y en este caso faltarían los motivos de credibilidad, la certidumbre de la revelacion, y por explicarme así, la ciencia de la fe: sucederia, por último, que no habria el asenso á la verdad revelada; porque el asenso es una funcion de nuestro entendimiento, es una obra de nuestra razon, y tratándose de los dogmas, es un vasallaje de la razon á la fe. Para creer, se necesita cosa que creer y quien crea la cosa: con la revelacion habria lo primero; pero sin la razon faltaria lo segundo: luego la razon es una necesidad de la fe para que ésta exista en el alma.

22. No nos detengamos aquí: la razon importa mucho para los triunfos de la fe. ¿Cómo? de tres maneras: primera, porque comparando sus conocimientos con los de la revelacion, se ve todo lo que estos exceden á lo puramente natural; y segunda, para fecundarse y extender sus dominios mediante el conocimiento de las verdades reveladas; tercera, para hacer triunfar en los debates filosóficos que suscita el racionalismo, los derechos de la fe sobre las usurpaciones y extravíos de la razon humana.

23. "Aunque la revelacion contiene verdades infalibles, que deseanan igualmente en la certidumbre de los motivos que la determinaron y en el profundo convencimiento de que Dios no puede ni engañar ni ser engañado, léjos de excluir el uso de la razon, invita al entendimiento, así para ser enteramente comprendida, como para ponerle en el camino de las consecuencias legítimas que puede inferir de sus principios y dogmas tanto para perfeccionar al individuo como para mejorar la condicion de toda la especie humana. La revelacion contiene sin duda verdades que salen mucho de la esfera de nuestra inteligencia; pero no exige sin garantía el humilde vasallaje de la razon humana. Esta, sin mas auxilio que sus propias luces, puede columbrar donde quiera la presencia de un Dios y formarse una idea de su perfeccion infinita. Cierto es que todos sus esfuer-

zos serán inútiles, si aspira á comprenderle del todo, si pretende mirarle como es en sí mismo; pero sus investigaciones acerca de esta primera causa le bastan, como se ha hecho ver, para reconocerla como el centro de toda perfeccion, para comprender su infinita veracidad y para someterse á su palabra, sea que se digne mostrar alguno de sus arcanos, sea que proponga leyes á nuestra voluntad. En este caso la razon, para someterse, se ocupa exclusivamente en la investigacion del hecho, pues con solo saber de un modo inequívoco, que Dios ha hablado, reconoce el *hasta aquí* de su infatigable marcha, y hace la profesion mas explícita de todas las verdades que se proponen á su creencia.

24. "Hai mas: las verdades reveladas forman un conjunto que abraza sin duda la universalidad de los seres y todas sus relaciones, que miran igualmente al individuo y á la sociedad, que siguen al hombre en todos los pasos y en todas las situaciones diversas de su vida pública y privada; pero este conjunto no abarca tantos pormenores cuantos son los casos que pueden ocurrir en el sistema indefinido de nuestros actos. Son conocimientos muy generales, son principios universalísimos, y por tanto reducidos en el número: En ellos todo está previsto y por consiguiente todo está comprendido; pero esta comprension es implícita, digámoslo así, y ha menester, en consecuencia, del influjo directo de un raciocinio bien aplicado." <sup>1</sup> Descubrir la recta serie de consecuencias que en sí contiene cada uno de los dogmas y preceptos divinos: héc aquí el vasto imperio del entendimiento aun tratándose de los dogmas, y lo que puede y debe hacer una razon ilustrada y sostenida por el principio revelado.

25. Ved, pues, amados hijos, cómo la razon misma sirve: primero para dejar bien sentada la revelacion, derramando la luz de la evidencia sobre los motivos de credibilidad; segundo, para determinar las diferencias importantes entre lo que Dios ha puesto bajo su dominio y lo que ha colocado sobre ella; tercero, para deducir las consecuencias del dogma y la lei revelada, y hacer las aplicaciones que corresponden á la conducta; cuarto, para exaltar como es debido la perfeccion y excelencia de una doctrina que se eleva sobre la ciencia humana cuanto el cielo sobre la tierra y Dios sobre el hombre. Sirve tambien para tomar á su cargo los derechos de la fe y hacerles triunfar contra los incrédulos y contra los herejes, haciendo ver á los primeros la evidencia extrínseca de la revelacion y la consecuencia lógica de la fe, y mostrando á los segundos la necesidad, existencia é infalibilidad de una institucion dogmática que es la Iglesia, y de su derecho consiguiente para someter á sus decisiones todos los espíritus. Así es como la necesidad que habia de la revelacion, deja en pié la grande importancia y expedita la accion laboriosa de la razon humana. ¡Tal es el concierto y armonia en que Dios ha querido que ambas estén para sus grandes fines! Sirvese de la razon para dar á la fe una base científica; sirvese de la fe, para perfeccionar el entendimiento y extender los dominios de la razon.

<sup>1</sup> Tomado en extracto y con muy ligeras variaciones de mi opúsculo intitolado: *Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y el sobrenatural*. Part. I, Cap. II, § 4º